Capítulo 8
Un día de sorpresas



El día siguiente era sábado. Makenna había planeado dormir hasta tarde. ¡No estaba acostumbrada a tanto trabajo físico! Pero Martín tenía un plan diferente. Makenna oyó un sonido. Algo pegó en su ventana. Vio la hora en su teléfono celular. ¡Eran las nueve de la mañana! ¡Uy! Disgustada, se levantó para investigar la causa de los sonidos. Fue a la ventana y vio a Martín. Él

tenía una sonrisa enorme y gritó:

– ¡Guapa! ¡Ven! Te tengo una sorpresa. Ponte zapatos cómodos y un traje de baño.

Confundida, Makenna se puso el traje de baño, los shorts, y sus botas de montaña. Entonces, salió y le preguntó a Martín:

– ¿Adónde vamos?

– Ya verás –respondió Martín–. ¡Te dije que era una sorpresa! Súbete a la moto.

Makenna se subió a la moto detrás de Martín. No quería que Alex la viera porque Alex siempre estaba paranoica de que algo terrible le fuera a pasar a Makenna. Makenna ya tenía veinte años y no necesitaba pedirle permiso a su hermana para salir con un muchacho. Makenna abrazó a Martín y se fueron.

Pasaron unos cuarenta y cinco minutos en la moto y Makenna no vio nada sorprendente. Estaban en medio de la nada. Makenna vio un letrero que decía «Cataratas». Martín aparcó la moto y había dos mujeres que estaban pidiendo dinero para la escuela local. Martín les dio dos mil Colones y los dos caminaron hacia la selva. Makenna oyó un sonido fuerte. Oyó agua.

Después de cinco minutos caminando, Makenna vio



las cataratas más grandes que había visto[1] en la vida.

– ¡Martín! –exclamó Makenna–. ¡Qué bonito!

– Gracias, ¿pero qué opinas de las cataratas? –le respondió Martín riéndose–. Se llaman Llanos de Cortez.

– Ja ja. Sí, tú eres muy bonito, pero yo hablaba de las cataratas.

– ¿Quieres nadar?

[1]*había visto - had seen*

Nadaron y después Martín sacó dos toallas y unos sándwiches. Los dos comieron y hablaron. ¡Era una sorpresa perfecta! Martín tomó la mano de Makenna y la miró a los ojos. ¡Makenna creía que la iba a besar cuando una familia con seis niños llegó gritando! Los niños corrían y gritaban en el agua. Los padres miraron a Martín y a Makenna y sonrieron. Con una sonrisa Martín le dijo a Makenna:

– ¿Quieres salir?

Se subieron a la moto y salieron para la 'Hacienda los Almendros' cuando vieron un camino diferente. Era más grande y más moderno. Vieron un letrero. El letrero decía: «No entre. Entrada prohibida por el gobierno de Guanacaste, CR».

– Qué raro –dijo Martín–. Es sábado. Probablemente no hay nadie. ¿Quieres ver a dónde va este camino?

– ¿Por qué no? ¡La última vez que exploré un camino desconocido llegué a unas cataratas increíbles! Estamos muy cerca de la hacienda, ¿verdad?

– Creo que sí. Es raro... nunca había visto este camino.

Procedieron por el camino, pero lentamente. No querían problemas, pero era interesante explorar. Después de unos minutos, vieron una casita de guardias.

– No podemos pasar por ellos –dijo Makenna.

– En moto, no –respondió Martín–. Vamos a dejar la moto aquí y caminar un poco.

Los dos dejaron la moto detrás de unas plantas y empezaron a caminar. Parecía raro ver una casita de guardias en un área remota. Caminaron un poco más y vieron un carro. En la casita de guardias el chofer habló con el guardia y luego se fue. Martín y Makenna se escondieron



para que el chofer del carro no los viera.

Con una mirada de sorpresa y un poco de terror, Martín exclamó:

– ¡Ese era mi padrastro!

Después de que el carro de Jacques desapareció, Makenna y Martín decidieron caminar un poco más. No querían que los guardias los vieran, así que no caminaron en el camino. Caminaron en la selva. Llegaron a una valla[2]. Era muy alta, como si fuera una base militar. No podían ver nada porque había muchas rocas y el lugar era montañoso. Continuaron caminando al lado de la valla, con mucho cuidado para que nadie los viera. Después de unos minutos de caminar, vieron a unos hombres trabajando al lado de la valla. Estaban plantando árboles.

– Me gustaría hablar con ellos –dijo Martín.

– Están fuera de la valla. No tenemos que entrar en la zona prohibida para hablar con ellos –respondió Makenna.

Caminaron hacía los hombres y los hombres los vieron y dejaron su trabajo.

– ¿Qué quieren? –gritó uno de los hombres.



– Nada, estábamos caminando y los vimos plantando árboles. ¿Necesitan ayuda? –dijo Martín con una sonrisa.

– No. Salgan de aquí. No hay nada aquí para ver –respondió el hombre, enojado–. Eres el hijo de Jacques, ¿verdad? ¿Él sabe que tú estás aquí?

– No sé. Soy adulto. No tengo que pedir permiso a mi padre para caminar en la selva.

En ese momento Martín parecía un poco enojado también. Makenna le tocó el brazo a Martín y le dijo:

– Vamos, no hay nada aquí para nosotros.

– Escucha a tu novia, Martín. No hay nada aquí –dijo el hombre riéndose cruelmente.

Y nerviosos, Martín y Makenna se fueron.